

Algunas impresiones sobre Tucumán

Llegamos a Tucumán. Los que no conocíamos la histórica ciudad, recibimos una gratísima sorpresa. Nos encontramos impensadamente con una hermosa ciudad. Toda adoquinada de madera, circundada por grandes avenidas macadamizadas, provista de buenos edificios y de plazas amplias y frondosas, tranvías eléctricos, cloacas, aguas corrientes, mucho movimiento en las calles, gente culta y bien puesta. En fin, un buen barrio de Buenos Aires.

La campiña fué, igualmente, una revelación para nosotros. La tierra fecunda sustenta una flora variada, de clima subtropical, que se extiende a manera de jardines desde las habitadas llanuras hasta las más elevadas cimas de las montañas. En la serranía hay panoramas de una belleza imponente. La quebrada de Lules y todo aquello que se presenta a la vista del viajero que escala las primeras estribaciones de la montaña para visitar Villa Nougés, constituyen paisajes admirables que el turista no olvidará jamás.

Tucumán, por la fertilidad de sus tierras que se traduce en una abundante producción agrícola, y por el desarrollo de su industria azucarera, es una provincia riquísima. Pero esta riqueza no la poseen sino unos pocos habitantes que, generalmente, viven en la capital.

La población, exceptuando aquella de la capital, que es de ascendencia europea, está constituida en la mayor parte por el indígena puro, el cual, a través de varias generaciones de vida en contacto con la civilización moderna, ha modificado su modo de vestir, de trabajar y, quizás, suavizado sus instintos primitivos y salvajes. La ignorancia la conserva intacta y en recompensa de la libertad perdida ha recibido el debilitamiento orgánico, el vicio del alcohol y las chozas miserables en que vive. A esta transformación del indígena se le da el nombre

de civilización. Consecuentes con esta idea se le ha otorgado el título de ciudadano.

El coeficiente educativo de Tucumán puede deducirse de la clase de su población. Fuera de la capital no existe sino un número limitado de escuelas primarias. Ni una sociedad, ni una institución que tenga por fin el desarrollo de la cultura! Es verdad que a una población semejante no son todavía aplicables procedimientos didácticos como la extensión universitaria en su doble faz de cursos y conferencias sueltas, por elementales que sean. Antes es necesario preocuparse de la higiene de esos infelices, de su mejoramiento económico y de su levantamiento cultural por medio de las escuelas primarias.

La capital es, pues, un oasis en medio de un desierto intelectual. Tiene, además de las escuelas primarias, Colegio Nacional, Escuela Normal y Escuela de Comercio. En las bibliotecas públicas se hace notar la bibliografía eminentemente científica y literaria. A la biblioteca Sarmiento se la puede llamar el Centro de los estudios intensivos por las frecuentes conferencias científicas que en ella se dan. La biblioteca Alberdi será un digno complemento de la Sarmiento, si lleva a la práctica los fines que expresa en sus estatutos, dando conferencias y cursos de extensión universitaria.

Para terminar, diré dos palabras sobre la mujer tucumana, de cuya belleza se han hecho pregoneros todos los visitantes de aquella provincia. ¿Son realmente hermosas? A nuestro entender no existe en ellas belleza plástica. Tienen, en cambio, el don de la expresión. Ahora bien, si nos apartamos de la estética naturalista que considera lo bello como producto exclusivo de sensaciones agradables, y tenemos en cuenta los dictados de la estética idealista que juzga estas sensaciones como independientes de la noción de lo bello, quizás tendríamos que negar el valor estético de ese don expresivo. Pero si no seguimos exclusivamente ninguna de esas dos tendencias, podremos decir que sólo encontramos belleza expresiva en la mujer cuando el placer que en su presencia experimentamos no depende únicamente de los sentidos, sino también de la afinidad de ideas y de sentimientos.